

# El hombre de las mil botellas de alcohol

Cristopher Zappa



Image not found.

## Capítulo 1

Lechuga Smith era un hombre propenso a los excesos. La noche que vino al mundo, el partero concedió el siguiente augurio a la madre: "si llega a sobrevivir, su hijo tendrá poca apetencia y peor condición física; lo imagino esmirriado, escaso de ingenio y con mirada apagada". El partero se equivocó por completo. Lechuga Smith solía tener apetito pantagruélico. Su vientre pronto se transformó en un receptor prodigioso de viandas y alcohol de toda índole, lo que le daba a la piel algún color bermejo y rotundo. Los ojos, como los de un bagre, eran festoneados por aquél cabello rubio desagradable, pero nadie puso en duda jamás que la cara de Lechuga Smith, aunque bárbara, era el vivo retrato del truhán jocosos.

Resultó el primogénito de una familia de los suburbios. Su hermano Emporio Smith, no obstante, terminó convirtiéndose en el objeto exclusivo del amor materno y rápidamente hizo que el propio Lechuga Smith creciera a la sombra de sus particulares talentos. Muy al principio los hermanos no se entendieron, y ni siquiera la correa punitiva de don Lucio Smith lograba templar la belicosidad de los hijos.

En los días mozos, Lechuga Smith se destacó como estudiante, y los maestros prodigaban toda clase de halagos a propósito de la solicitud del discípulo. De ese tiempo, quinto o sexto de primaria quizá, le viene a Lechuga Smith el gusto por el ajedrez, juego en el que logró cierto renombre entre los adeptos. Un viaje a la Ciudad de México lo convenció de que había oponentes de indudable genio, verdaderos ajedrecistas, lo que fue una lástima, pues algunos opinan que extraviarnos a un gran practicante.

A los trece años, Lechuga Smith ostentaba nariz roma, poca estatura, indisposición para el ejercicio, cuerpo estrecho y apetito insaciable. Sus maneras eran recatadas, aunque gazmoñas, consecuencia del intimidante influjo de la madre, doña María Ternera, ferviente asidua, hasta el día de hoy, de las misas matinales. Ella elegía el atuendo y el corte de cabello de los niños, el sabor de los dulces, la hora de ir a la cama y los pasajes bíblicos que debían aprender de memoria. Entre las cosas de la familia hay una fotografía profesional en la que aparece Lechuga Smith con traje de soldado villista. Los bucles dorados contrastan con las carrilleras mal urdidas del traje, y desde entonces hay constancia de que las botas nunca fueron el calzado idóneo para el mozalbete. Esa fotografía provocó un desencuentro entre don Lucio Smith y su esposa, el mismo que existe entre el pensamiento liberal y la fe beata. Para doña María Ternera el general Francisco Villa era un salteador.

A parte de la faena escolar y el ajedrez, no se le conocían a Lechuga Smith otras aficiones. Por lo menos hasta que vio un cómic de Spawn en

la típica librería de la calle Segunda. Aquello fue una revelación portentosa: el mundo adquiriría una complejidad sin límites, porque las historietas no los tienen, y de pronto el muchacho dedicaba horas y horas a seguir la línea de Greg Capullo, a reconocer cada borde, cada insignificante arista. Lechuga Smith decide que la instrucción académica puede esperar, pues se figura que volverse un artífice de los trazos es sumamente perentorio.

En la pubertad, Emporio Smith confrontó la autoridad de los adultos. No salía de las calles y hasta juró fidelidad a los camaradas de pandilla. Doña María Ternera consideró esto como una mala señal, si bien, en el fondo, admiró la independencia de su hijo. En contraparte, dedicaba miradas despectivas a Lechuga Smith, que no era capaz de levantar la cabeza entre todos aquellos cuadernos atiborrados con dibujos impíos.

La enemistad de los hermanos llegó a su fin una tarde nublada. Lechuga Smith volvía con una nueva historieta en las manos. No la abriría hasta encontrarse en la intimidad de la habitación, bajo una luz adecuada. Al doblar la calle, observó que Emporio era agredido por un sujeto grande.

–¡Camina imbécil! ¡Mueve el culo!

Nunca antes, jamás, el semblante de Emporio Smith había expresado tanta aflicción. Lechuga Smith tomó una piedra y la impulsó tan fuerte como pudo. Ésta vino a estrellarse contra la mullida frente del bravucón, que cayó como un árbol que es cortado de raíz. Emporio Smith miró a su salvador con infinito agradecimiento y huyeron juntos hasta la casa. Uno dejó las pandillas y el otro, ya se verá, supo sacar partido a este intrépido comportamiento.

La secundaria y la preparatoria no dejaron a Lechuga Smith experiencias memorables. Acaso el conocimiento del amor, y no del sexo, porque no había una pizca de lascivia en él. Por otra parte, el romance con una joven simpática provocó que más de uno se preguntara a cuenta de qué este hijo retraído de los Smith presumía tal suerte en las lides del enamoramiento. Seis años duró el idilio, tiempo en el que los apetitos carnales de la joven dieron al traste con la armonía sentimental de la relación. A esto habrá que añadir el hecho de que, ya en el Instituto Tecnológico, Lechuga Smith va a hacer amistad con el tipo que estaba destinado a ser su modelo espiritual durante todos estos años: Tobías Grangaznate.

Para referir, en términos generales, las peripecias de este bribón marrullero habría que relatar una historia diferente. El encuentro se produjo en las aulas de la carrera de Ingeniería en Sistemas, que Lechuga Smith eligió sin convicción alguna. Aunque Grangaznate era tres años mayor, eso no fue impedimento para que los desconocidos trabaran una amistad profunda. En esa época, Grangaznate pensaba que la mejor

manera de resistir a la ineptitud de la enseñanza tecnológica era dejar de ir a clases y dedicar esas horas a beber litros y litros de alcohol barato. Por otro lado, Lechuga Smith, que ya vivía con horror en la casa de sus padres, toda vez que Emporio Smith, aunque sin desearlo, encarnaba la ilusión del hijo dilecto, vio en la actitud de Grangaznate una especie de justa liberación.

Lo primero era cambiar las condiciones de su noviazgo, que le exigía más horas de las necesarias. La reacción de la joven llegó de inmediato y fue el pretexto idóneo para mostrar al nuevo Lechuga Smith.

–¡Basta ya, señorita! ¡Hasta aquí hemos llegado!

La joven se llevó las manos a la cara y dejó a Lechuga Smith vibrando de emoción.

Venía ahora la cuestión del léxico. Lechuga Smith repudiaba el lenguaje procaz, pero estaba cierto de que el brillo que esas palabras despedían en boca de Grangaznate era tan convincente como seductor. Al principio, Lechuga Smith decía pullas insinceras, y después era una gloria escucharlo soltar aquellas majaderías como ninguno, lo que no era poco tomando en cuenta que aún profería “¡Jesús!” cada vez que alguien estornudaba.

Por último, Lechuga Smith se enfrentó a una notable determinación, que, por supuesto, implicó dejar de lado los estudios: beber alcohol, y dar así la vuelta de tuerca definitiva a la amistad con Grangaznate. Esa ilustre ocasión, al pie de un frondoso álamo, Grangaznate y algunos cómplices iniciaron a Lechuga Smith en el viejo arte de libar sin concierto. Vertieron licor de agave en un pichel de estaño y bastante agua mineral; después aliñaron la substancia con polvos de azúcar y revolvieron.

–¡Ajá! –opinó Grangaznate–, tiene excelente vista. Tú, Sixto, pásame los vasos.

Sixto, haragán de apariencia agria, repartió sendos vasos de plástico transparente, que fueron llenados hasta la coronilla. Grangaznate levantó el suyo y dijo:

–¡Por Lechuga, que este día deja de ser niño y se convierte en hombre!

–¡Por Lechuga! –gritaron todos.

Lechuga Smith dio un sorbito al líquido y le pareció que no tenía mal sabor. Muy temprano se percató de que la lengua se le entumecía de modo agradable. Los vasos fueron derramados en las sedientas gargantas

de los cofrades, y rebosados con elogiosa presteza.

–Hay una cosa que he querido saber desde hace tiempo, Lechuga, si me es permitido. ¿Por qué llevas el apellido de Smith?

Lechuga, asaltado repentinamente por un encantador sentimiento de vanagloria, terminó su agave y dijo:

–No lo tengo muy claro, Tobías. Al parecer mi abuelo paterno, que murió en la Ciudad de México, emigró de Portsmouth, Inglaterra. Mi madre dice que era un ex presidiario que intentaba escapar de su pasado criminal, pero yo no le creo. En todo caso, la familia sabe poco de sus correrías porque abandonó a mi abuela con seis hijos a cuesta. Otras versiones aseveran que un día salió a trabajar y ya no regresó. Mi padre tenía a la sazón diez años de edad.

–Interesante historia –añadió Sixto.

Tres horas más tarde, la madre reprendió con duras palabras a Lechuga Smith al descubrir que apestaba a alcohol. Pero el día no fue una pérdida total: don Lucio Smith le guiñó un ojo, en signo de moderada aprobación, y concilió el sueño como un bendito.

Libar a la sombra del álamo se volvió un hábito de cinco días a la semana. En los pasillos del Instituto Tecnológico, Grangaznate hacía la recolecta del dinero y examinaba las beneficencias. En el peor escenario, el corro se allegaba a las vinaterías de poca monta para adquirir dos o tres botellitas de destilado de caña Tonayán y lo bebían con agua de grifo.

El noviazgo de Lechuga Smith ya era un recuerdo el día que, incitado por no se sabe qué oscuras fuerzas, arrebató a Grangaznate la última botella de licor y la zampó de una sola vez, para maravilla de los beodos. Lechuga Smith lanzó una ojeada aturrida a los presentes y, de súbito, el gesto se le descompuso. Dio un paso o dos, antes de sucumbir como un quintal de heno. Los que se atrevieron a levantarlo en peso iban a deplorarlo más tarde: Lechuga Smith abrió la boca y dejó salir todo lo que había adentro, estropeando la piadosa voluntad de sus asistentes, que lo enviaron nuevamente a tierra.

Al otro día, Lechuga Smith sentía en la cabeza un torbellino infausto, doloroso. La conciencia fue recuperando las sensaciones corporales de afuera hacia el interior: primero los dedos, metatarsos y metacarpos, y luego los brazos, las piernas, el plexo solar. Despertó en la cama, vestido. Intentó moverse pero el sufrimiento, igual que una marea, se apoderó de su cuerpo, hundiéndolo en algún punto impreciso del espacio. Lechuga Smith contrajo un pie: la sábana húmeda, que acaba de registrar, le hizo saber que se había meado encima. Más allá de la alcoba, por la avenida, el rumor ciudadano de las dos de la tarde. Al fin pudo incorporarse. Sentado

al retrete, Lechuga Smith tuvo ocasión de entregarse a profundas cavilaciones, y determina que no beberá otra gota de alcohol. Entonces la mierda es excretada de la mejor guisa, avivando el ímpetu de Lechuga Smith, que esa misma noche bebió junto con Grangaznate hasta el amanecer.

Tres años después de haber concluido las materias regulares de la ingeniería, y sin pensar en la titulación profesional, Lechuga Smith fue exiliado de la casa por doña María Ternera, quien alegó con envidiable elocuencia que si Emporio ya vivía en la ciudad capital, donde estudiaba una maestría, ella no terminaba de dar crédito al hecho de que su hijo mayor continuara saqueando la despensa. Quiso la fortuna que don Lucio Smith adquiriera una casita de interés social en los límites de la ciudad, por lo que en menos que canta un gallo Lechuga Smith se llevó la cama, las sábanas, la ropa, el buró y una laptop al nuevo hogar.

El gasto corriente de la casa lo pagaría el padre, por lo menos hasta que el primogénito obtuviera un empleo de medio pelo, como, en efecto, ocurrió. Era un trabajo de doce horas diarias, pero nada demandante: afanador de un cinema. Así las cosas, la vida transcurrió de lo más normal, que es de todos algo altamente deseable. La casa tenía estufa, nevera y hasta sillones, pero no lavadora ni agua caliente, lo que de momento despreocupó al nuevo inquilino, que se jactaba de usar los mismos pantalones hasta por una semana, y darse a la ducha cada tercer día.

Por lo demás, Lechuga Smith trabajaba de sol a sol, razón que lo obligó a comer y cenar, siempre fuera de horario, los más variados refrigerios: hamburguesas obesas, pizzas condimentadas, burritos de diez pesos, mega hot dogs, tacos del borrego, sopas, fettuccine a la manteca, tripas de puerco, huaraches y las más de las veces sopa nissin, todo esto acompañado con coca-cola clásica. La apariencia de Lechuga Smith toleró cambios drásticos. Los brazos se le apartaron en la misma proporción con la que la barriga, hinchada como un orbe rosáceo, creció por lo largo y por lo ancho, haciendo que el gollete, a la manera de los sapos, se tornara papada de tres pliegues, en tanto que las nalgas, prominentes y nefandas, terminaron confiriendo a su aspecto cierto aire bovino.

Con algún billete en la cartera, Lechuga Smith invitaba a sus amigos a la pocilga, que es en lo que se convirtió la casa chica de don Lucio Smith al cabo de una semana. Entre los convidados a esas reuniones hay un vecino que se llama Jeremías Pichote. Con los años, este Pichote dejó saber que era un bellaco excéntrico, con tantas manías como defectos. Barbado, con la cabeza igual que un baúl, intentaba reír muy poco con tal de esconder sus dientes contrahechos y amarillos. La esposa, porque es casado, no tenía reparo alguno en afirmar que Pichote hablaba más de lo que hacía, como es característico de los que están afectados de megalomanía. También asistía el referido Sixto, que bebía para asfixiar el desamor. Esta

condición le alteró el genio, pasando de ser alegre y perspicaz a simplemente lóbrego. Cuenta Grangaznate que el desilusionado atentó una vez contra su vida, y del modo más ridículo, enardecido a una araña capulina con el dedo índice, mientras le decía: "Vamos, arañita, pelea con Sixto". Por fortuna, Grangaznate mató al insecto antes de que pudiera inocular su veneno neurotóxico. Otro asiduo es José Embudo, primo segundo de Sixto, con el que verdaderamente comparte algún talante de familia. Alto, con la mirada escondida entre dos abultados mofletes, Embudo es, quizá, el alter ego de Lechuga Smith, lo que de hecho explica que tengan diferencias tan puntillosas.

Y luego está Urbe Mendaz, la conciencia adinerada del grupo. Si Sixto y Embudo, pero también Pichote y Grangaznate, y hasta el propio Lechuga Smith, son en el fondo como el Dr. Jekyll y Mr. Hyde el día que se ponen a descorchar botellas con intrépido furor, Urbe Mendaz nunca pierde las formas, así beba igual que un clérigo vagabundo. Porque el alcohol lleva a la superficie lo que repta en el fondo del espíritu, aunque no en el caso de este Mendaz, a quien el apellido no hace justicia alguna. Y otros tantos se reunían, que serán descritos en su momento.

Los problemas comenzaron el día que Lechuga Smith perdió el trabajo. Unos aseguran que el gerente del cinema pilló al afanador reposando en la sala de proyección, otros juran que lo echaron porque robaba el papel higiénico de los excusados. Sin ingreso fijo, Lechuga Smith recurrió, contra su voluntad, a la caridad de los padres, que no veían la hora en la que su hijo les devolviera una brizna de lo que había recibido por tantos años. Con la fresca de las diez de la mañana, el holgazán dejaba el lecho, iba al lavabo y escupía. Luego percibía sin interés la imagen del espejo. Dejaba los calzoncillos blancos en el umbral del baño, donde orinaba y cagaba. El papel higiénico podía convertirse en un problema serio. Era verdad que el trasero de Lechuga Smith conquistó medidas opulentas, pero no lográbamos concebir cómo es que un rollo entero de papel desaparecía en dos o tres visitas al excusado. Ahora bien, si no había papel higiénico, el muy ruin llegó a echar mano de calcetines o revistas, con resultados calamitosos. Volvía a ponerse los calzoncillos y abría la nevera. El desayuno podía ser un paquete de galletas con leche o jugo de tomate. Encendía la laptop y pasaba el resto del día mirando videos en YouTube. Por la tarde, Pichote acudía con un paquete de cervezas heladas, si era fin de semana.

–Eh, Pichote –solía decir Lechuga Smith–, acabo de jalar la cadena a una mierda muy respetable, y creo que es la tercera.

–¿Cómo?

–Eso, que tengo el ojo del culo como el cráter de un volcán.

-No me extraña: devoras de una vez lo que los otros comemos en dos tandas, cerdo.

-A propósito, me repiquetea el estómago.

-Ya estamos. Iré a ver si quedó algo del mediodía.

-Y otra cosita más: dame un rollo de papel higiénico.

-¡Pero si te he dado más de cien!

Las doce latas de cerveza perecen en un santiamén, en el preciso momento en el que Urbe Mendaz y Grangaznate abren la puerta de la covacha con dos botellas de tequila, hielo en cubos, vasos y agua mineral.

-Acaba de arribar la infantería, señores. ¡Eh, venerado Pichote, estás aquí! -exclamó Grangaznate.

-¡Oh, claro, Tobias! ¡Ven, acércate, y sírvele una copa a tu viejo amigo!

Grangaznate y Pichote se abrazaron efusivamente.

-Pasa, Urbe -dijo Lechuga Smith-. El hielo lo pondré en la tarja para que no haga inmundicia. Mueve tu gordo trasero, Pichote, ¿no vez que hay invitados?

-Y tú cierra la sentina que tienes por boca, infeliz -reviró Pichote-. Adelante, Urbe, coloca el fundamento donde te plazca.

Grangaznate miró las latas vacías.

-¡Desgraciados! ¡Han estado empinando el codo!

-¡Nada, nada! -atajó Lechuga Smith-, sabes a la perfección que a mi vecino no puedes cortarle una flor del jardín. Esto es de ayer.

-¡Eres la peste, Lechuga! ¡Tu presencia aquí ha sido lo peor que le ha podido suceder a mis arcas! ¡Los derroches de mi esposa y tu rapacidad insaciable van a acabar conmigo!

-Falso. Cualquiera sabe que te he traído solaz y alegría, Pichote. ¡Qué San Antonio me abraze si profiero una mentira! Lo veo en el brillo de tus ojos, en la disposición del ánimo.

-¡Cállate ya, rufián! ¡Y tú, Grangaznate, dame un vaso con tequila o los Smith devorarán antes de nochebuena el cochinito que les estoy

engordando!

La carcajada fue unánime.

–Bien, Lechuga –dijo Grangaznate–, ¿cómo va lo de conseguir empleo?

–Mal, muy mal. Me he dejado las plantas de los pies en la calle y nada. Oye, Urbe, ahí está la laptop. El internet que le robo al vecino es una basura, pero vale.

Pichote entrecerró los ojos y siguió bebiendo. Urbe Mendaz puso Living Proof de Buddy Guy. Pichote elogió la selección.

–Excelente, Urbe. A veces creo que soy el único tipo de esta ciudad con estilo y gusto. ¿Quién es?

–Buddy Guy.

–Lo conozco, lo conozco.

–¿En serio? –preguntó Lechuga Smith–. ¿Qué has oído de él?

–Mmh, veamos. No recuerdo. Algo.

–Un gárrulo, Pichote, eso es lo que eres.

–¡Qué! ¡Y lo dices tú!

–Me gusta más Willie Dixon –cortó Grangaznate.

–Eso es porque toca el bajo y tú eres bajista –dijo Urbe Mendaz.

–Sí, sí –dijo Grangaznate–, y por la voz.

–¿Conoces I Am the Blues, el álbum? –preguntó Lechuga Smith.

–¿Hablas en serio? ¡No hay otro igual!

–¿Y tú, Pichote, lo has oído?

–Sí, desde luego. Muy negro. Pero me gusta más Pithecanthropus Erectus.

–¡Imbécil, ese es de Charles Mingus! –atronó Lechuga Smith.

–Dixon, Mingus, ida lo mismo!

Cierta noche de juerga, Lechuga Smith conoció a Alubia Morrón, una moza de veinte años con ojos de almendra, largos cabellos y fondillo preponderante. Poco afecta al convite y de índole ingenuo, Alubia quedó prendada de Lechuga Smith y su humor desvergonzado. La relación tuvo dos fases: una, larga y atípica, en la que el hombre ejerce potestad absoluta sobre los sentimientos de la mujer, de modo que ésta soporta cualquier desaire con tal de preservar el objeto de su amor; y otra, breve y ordinaria, en la que el hombre deja que ella haga y deshaga, porque ahora él idolatra sin restricciones, lo que conduce sin más a la frustración del cortejo, pues la doncella, súbitamente ensoberbecida, recibe los halagos como golpes mortales, cuando antes llamó caricias a lo que había sido desprecio.

Alubia Morrón era hacendosa: vació los cestos de la basura, raspó el sedimento amarillo del inodoro, hizo planes para cambiar las cortinas, llevó platos de loza y vasos de cristal, arregló grifos, compró sábanas blancas, fumigó la cama, lavó las paredes, fregó los pisos, dispuso varitas de incienso por toda la casa y habilitó la nevera, que ahora alojaba cajas de leche, queso gruyere, carnes frías, manzanas rojas, zanahorias, betabel, salsas varias, embutidos, chorizos picantes, mostaza con cúrcuma, helado de frambuesa y confites. Tal orden exigía que las reuniones donde Lechuga Smith se fueran espaciando, para compunción de éste.

Según Grangaznate, la noche en cuestión Urbe Mendaz, Lechuga Smith y él entraron a un bar frecuentado por noctámbulos pretenciosos.

–No sé qué hacíamos en ese lugar –refirió Grangaznate–, pero Urbe pagaba los tragos y estábamos a su merced. Decidí sentarme en la barra, donde un camarero con aspecto de simio me preguntó que apetecía. Pedí bourbon en las rocas.

–¡Eh! –nos gritó Lechuga–, allá, al otro lado de la barra.

Había ahí, entre la horda, tres mancebas. Me fijé en la más alta. Urbe tomó su copa y pareció ignorar la propuesta de Lechuga.

–Bueno –insistió–, ellas son tres y nosotros somos tres. El plato está servido. ¡Vamos!

Acabé mi whisky y seguí a Lechuga, que se tambaleaba igual que una boya a la deriva. Urbe continuó en la barra. Debo decir que tuvimos suerte. Ellas nos dieron cerveza y buena compañía. La mujer alta se sentía a sus anchas, pero la chica que eligió Lechuga moría de risa, tanto o más que la propia Urbina, la tercera joven, llamada así porque Urbe la despreció. Al fin, las luces del bar se encendieron. Lechuga Smith, advirtiendo que aún había botellas intactas, obtuvo el beneplácito de

nuestras anfitrionas y bebió tres o cuatro cervezas al hilo. Luego gritó:

–¡Oye, camarero, trae aquí pluma y papel para anotar el número telefónico de esta encantadora señorita!

Vociferó la misma frase unas diez veces.

Lo que resultó asombroso, a juicio de Grangaznate, es que Lechuga usó con Alubia ese lenguaje repleto de insolencias y chistes verdes, improprios, befas, zalamerías lúbricas, escarnios y gracejos, vulgaridades, indecencias, eufemismos, ora acompañados de eructos ruidosos, ora de escupitajos, todo lo cual, en términos generales, desataba la hilaridad de las jóvenes.

–¡Bebamos, libemos –rugía Lechuga–, que la noche es gozo y el día un pozo! A mí paladar la uva, y al estómago la espuma. ¡Eh, bellas féminas, choquemos las botellas! Si me pedorreo no me lo tomen a mal, yo las quiero. Y usted señora mía, y pongo por testigo a San Eutropio, azote de los hidrónicos, es la mujer que espero desde que vi la luz del sol. ¡Urbe, retraído de mierda, ven aquí! ¡Más cerveza, más hervor!

–Ji, ji, ji.

–Escanciemos sin prisa pero sin pausa; en verdad les digo que el mundo está lleno de necios que darían su fortuna por una gota de buen licor. ¡Ahi ¡Oh! ¡Esto es sublime! Oye, Grangaznate, abraza a tu mujer, y halágala. ¡Burp! ¡Vaya clase de efluvio! Difieran su respiración, doncellas, pues me atengo a lo que dicen las Escrituras: no deis a los perros lo que es santo. ¿Qué comí hoy? Claro, ese panecillo mohoso. ¡La música suena a basura! ¡Camarero, por las barbas de Cristo, acércale un cacharro de provechosa cebada a ese Dj y que le den por el culo! Es usted bella entre las bellas, Alubia, y más me parecería si coloca su moflete junto al mío. ¡Oh, por Dios, que piel tan tersa, qué calentura!

Un año más tarde, Alubia maldijo a Lechuga Smith y salió de la pocilga con lágrimas en los ojos: sus expectativas habían fracasado. La casa que la joven imaginó alguna vez como el hogar perfecto y acogedor seguía siendo un nido para alimañas alcohólicas. Además, Lechuga Smith la trataba sin miramientos, a veces dispensándole algún pellizco en las nalgas en el instante más inoportuno, otras veces ignorándola, dejándola vestida y alborotada, cambiando una cita formal por una noche de copas fortuita, o sojuzgando el estatus de la propia relación, pues descontando aquella primera noche de lisonjas y embelecocos, nunca más la llamó querida o amada.

Alubia reaparecería, claro está, pero entretanto Lechuga Smith conoció a Zuly Tibia, una jamona agreste y lasciva. Pichote dijo al respecto que el humor astringente de Suri prevalecía sobre el de Lechuga Smith. En todo

caso, si el vínculo con Alubia había sido castizo, por decisión del propio Smith, con Zuly el tema sexual alcanzó proporciones de auténtica contravención.

–Estoy azorado, Pichote. La víspera Zuly estuvo aquí. Un poco harto de la inactividad, decidí tomar la siesta vespertina. Al punto llamaron a la puerta. Era Zuly.

–Nunca he hecho esto –dijo ella–, en serio. Ahora, bájate el pantalón.

–Caí en el desconcierto –admitió Lechuga Smith–, pero Zuly me condujo a empellones hasta la cama y aferró mi verga. ¡Por todos los santos! Ahí estaba yo, Pichote, resoplando como un buey en agonía, lejos del mundo y cerca de la muerte, y grité, y volví a gritar. Cuando podía, miraba a Zuly, obstinadamente aplicada en lo suyo, y yo así un mechón de ese pelo desteñido, porque no es rubia, o pasaba mis dedos por sus pómulos blandos, a los que ya extraño locamente. ¡Alubia se puede ir al cuerno! Estoy resuelto: pediré cuanto antes la mano de Zuly Tibia.

–Eres un imbécil –concluyó Pichote–, de momento lo que urge es ir a la licorería por otra botella de vodka.

No es que Lechuga Smith perdiera la compostura al enterarse de que Zuly quería en realidad a un militar de bajo rango, con el que finalmente contrajo nupcias, pero casi. Bebió tanto y tantas veces que las botellas se acumularon, en menos de un mes, en esta habitación y en aquella, igual que trofeos del más absoluto fracaso. José Embudo lo visitó a diario, cargado de tequila o mezcal. Hay quien asegura que fue Urbina la que dio cuenta de los hechos a Alubia Morrón, aunque con resultados exigüos.

Por aquella época, ya puestos a hablar de flirteos dañados, Lechuga Smith y Olga Tambo supieron uno del otro. Bajita, rozagante, con cuerpo de luna llena, Olga y su inflexible régimen de sexo inculto le devolvieron el fervor al pobre diablo.

–Usted me gusta, joven.

Fueron las palabras que la voz grave y áspera de Olga dijo a Lechuga Smith la vez que se conocieron, ahítos de alcohol. Por ahora, la vida era tan apacible como una tarde estival.

No obstante, es probable que Alubia los divisara en las calles, en las plazas, tomados de la mano, intactos, nítidos, porque poco después buscó a Lechuga Smith, lo citó y le dijo que valía la pena darse una segunda oportunidad. Algunos aseguran que él actuó de la mejor forma, besando la frente de ella, pidiéndole la absolución de los antiguos pecados, y los ofrecimientos se hicieron, y los pactos se rubricaron, y Olga quedó a

merced de la benigna fatalidad.

Así comenzó la segunda fase de la relación con Alubia. Las otras mujeres, Zuly y Olga, pronto se transformaron en sombras del pasado, pues Lechuga Smith logró demostrar con creces que Alubia era la mujer que efectivamente amaba. Lo primero que hizo fue llevarla a casa de sus padres, donde la presentó como novia oficial y única. Doña María Ternera aprobó el carácter apacible de Alubia, mientras que don Lucio Smith pudo respirar con orgullo esa tarde. En un raptó de extremo júbilo, Lechuga Smith difundió la buena nueva: se casaría con Alubia Morrón en cuanto obtuviera un empleo decoroso. Una vez más, la novia hizo gala de sus habilidades y destrezas como futura ama de casa, cocinando alimentos, zurciendo camisas, limpiando y ventilando los aposentos donde hasta ayer se había enseñoreando la incuria más atroz.

No duró. Lechuga Smith terminó despojado del poder de elegir aún entre las más elementales disyuntivas, sólo para darle gusto a la joven, pero esto únicamente exacerbó su talante impredecible y explosivo. Cualquier mínimo desacuerdo, cualquier indicio de diferencia, bastaba para que Alubia se pusiera a recitar, a voz en cuello, todos los maltratos y las humillaciones que él y otros hombres le habían infligido en otras fechas.

Como en aquella ocasión, durante una parrillada:

–¡Vagabundo, glotón, apocado, fariseo, sacacuartos, sifilítico, gazmoño, hinchado, gorrón, desnarigado! ¡Yo te recogí del arroyo, por mí tienes honor, vanagloria, hombría! Si es cierto que las fulanas te rondan, como los buitres rondan el fiambre corrupto y podrido, ¿a qué esperas?, ¡ilárgate con ellas! ¡Todos son iguales! ¡No cambiarás, nunca cambiarás! El tiempo me dará la razón.

Alubia sube a su vehículo y se larga, furiosa. A pregunta expresa de Pichote, Lechuga Smith responde:

–No sé qué pasó. O tal vez lo sé: cometí la imprudencia de convidar el primer bistec asado a tu mujer, Pichote.

Algún desencuentro con doña María Ternera hizo que Emporio Smith cambiara la residencia de la casa paterna a la de su hermano, los fines de semana, pues el resto se dedicaba a trabajar en un empleo bastante remunerativo de la ciudad capital. Esos fueron meses buenos para Lechuga Smith: el dinero corrió y la casa ya tenía closets, agua caliente, gas en la cocina y despensa opípara. Además, Emporio se encargó de traer al tercer inquilino de la casa: un pitbull blanco que entiende por el nombre de Mierdecilla. Por si fuera poco, ese año, don Lucio Smith tomó la mitad de su aguinaldo y compró a Lechuga un Peugeot 206 XR de

segunda mano.

Los sábados, Grangaznate, Pichote, Embudo, Urbe, Sixto y Caco, antiguo amigo de Grangaznate, acudían a casa de los Smith para realizar auténticos festines que incluían generosos cortes al carbón, cebollitas cambray, chiles jalapeños, salchichas de cerdo, tomates cherry, aguacates o paltas, tortillas y cerveza. Caco no bebía, era un conversador lamentable y su miedo a las mujeres llegó a ser proverbial. Sin embargo, cuando se encorbaba sobre la parrilla para asar aquellos manjares podía despertar la admiración de propios y extraños. Primero colocaba al fuego uno o dos cortes y vigilaba su comportamiento químico con inusual primor, sabiendo que lo que ahí se cocinaba era bife, cuadril o paleta y no simplemente algún tipo de carne; luego dedicaba otro tiempo a evaluar el apropiado cocimiento de las verduras, a las que olfateaba y tocaba muchas veces, porque sólo así podía captar el perfume y la consistencia.

La mañana que Emporio Smith se acercó definitivamente en la ciudad capital, Lechuga Smith consiguió empleo en el área informática de un restaurante. Mierdecilla seguía estando al cuidado de Lechuga, pero Emporio remitiría los víveres necesarios para su subsistencia. Lechuga Smith asegura que los dueños del restaurante le prometieron el oro y el moro: gasolina, seguridad social, vacaciones pagadas y demás beneficios. Nada. Con el paso de las semanas, incluso los honorarios le fueron retenidos bajo cualquier pretexto. Confiado en que Emporio sufragaría determinados gastos a cuenta de la manutención del perro, como venía ocurriendo hasta ahora, Lechuga Smith zanjó sus obligaciones laborales con la empresa y, nuevamente, pasó a formar parte de la estadística de desempleados. Mientras, pasaría horas enteras leyendo viejos comics, dibujando, procurando la siesta.

Todos los sábados, Caco insistía en que debía haber mujeres en las susodichas reuniones, exhortación juiciosa si observamos que la hacía un hombre de 29 años al que no se le conocía novia alguna. Pichote, por su parte, desestimó el ofrecimiento que José Embudo, acreditado libertino, realizó al pleno, diciendo:

–Soy un hombre casado y devoto de la fidelidad. En todo caso, si cualquier mujer toma mi cerveza yo tomo su culo, pues tan importante es lo uno como lo otro. Y si ella se ofende porque le tomo el culo, yo me ofendo porque toma mi cerveza. Para evitar adversidades, mujeres aquí no.

Así las cosas, Mierdecilla comenzó a sufrir el severo racionamiento de sus croquetas y bizcochos, efecto de los diversos usos del dinero que Emporio Smith enviaba al pitbull: liquidación de facturas, gasolina, pago de pequeñas deudas. La situación económica de Lechuga Smith tocó fondo cuando ya no pudo mover el Peugeot por falta de combustible, y la casa quedó desprovista de servicios tan elementales como el agua y la luz. En

la estación húmeda, la azotea de Smith se convertía en un nubarrón cargado de lluvia que literalmente inundaba los aposentos. En esos casos sus palabras eran siempre las mismas:

–Me ha abandonado, Pichote, mi familia. Emporio ya ni siquiera se ocupa del perro. Hace días que no puedo tirar de la cadena del retrete, y la mierda se acumula por todas partes. Estoy a un paso de hallarme en la inopia total. Alcánzame otra cerveza, por favor.

Aunque desesperada, la circunstancia de Lechuga Smith no era tan extrema, pues Jeremías Pichote adaptó un grifo exterior para que aquél tuviera acceso al agua, y si no era don Lucio Smith el que lo invitaba a comer casi todos los días de la semana, el propio Lechuga asistía a la casa de los padres con tal de saciar su apetito de órdago. Ahí lavaba y tendía las camisas, los pantalones y las sábanas. La cuestión era sobrevivir hasta el sábado, ya que puesta la casa para la borrachera los otros estaban comprometidos a proveer lo que hiciera falta, principalmente alcohol.

Una noche, José Embudo y Lechuga Smith tuvieron un altercado. Urbe Mendaz optó por irse, Grangaznate tosió, incómodo, y Pichote contempló la escena sin inmutarse.

–¡Eres un gorrón, Lechuga!

–¡Y tú un borracho!

–Gracias por el elogio, imbécil.

–¡Oh, Embudo, tienes los cuernos más grandes que Minos!

–¡Minos no tenía cuernos!

–Te acaba de llamar cornudo –intervino Pichote.

–¡Cómo te atreves!

José Embudo y Lechuga Smith brincaron de los sillones, excitados. Embudo volvió a sentarse, pero Lechuga Smith lo increpó:

–¡Cobarde, ya sabía que no tienes los suficientes arrestos!

En un abrir y cerrar de ojos, José Embudo abofeteó el rostro bermejo de Lechuga Smith, que trastabilló hasta quedar de culo. La caída fue ridícula y dolorosa. Grangaznate contuvo al golpeador, mientras Pichote abría otra lata de cerveza.

–Mal... maldito, te voy a dar... ¡Vete, vete! Aaugh, ah...

Lechuga Smith permaneció tendido un minuto. Después giró sobre sí mismo y se puso en cuatro patas. Con el alcohol estallándole en la cabeza no pensó que asir el lavabo para incorporarse era una idea pésima: el lavabo cedió con gran estrépito y Lechuga ahora parecía un cetáceo retozando en el agua. Grangaznate socorrió al ebrio y lo acomodó en el sofá. Se podía oír, en el silencio, la barriga ávida de Lechuga Smith.

–Vayamos a cenar –sugirió Embudo.

Todos abordaron la camioneta de Pichote y, a las dos de la mañana, cenaban pozole en El Mesón del Ogro Feliz. Ese domingo, más tarde, Lechuga Smith despertó con un mal presentimiento: cada vez soportaba menos el paso de las horas, la acumulación de los días, hasta el arribo del siguiente sábado, razón casi exclusiva de su existencia, pero admitió que la pelea con José Embudo era un claro signo de la monotonía de las sesiones. Fue entonces que recuperó la afición por el ajedrez y la convirtió en el centro de las distracciones del grupo.

Las parejas no variaban: Sixto y Grangaznate, Pichote y Caco, Urbe y Lechuga Smith; José Embudo prefería escuchar música y fumar cigarrillos. Pronto se vio que los lances más interesantes los jugaban Lechuga Smith y Urbe Mendaz. Sin embargo, Grangaznate tenía el orgullo herido. Se consideraba, por mucho, un ajedrecista excelente, y le molestaba que Lechuga Smith se atreviera a pensar lo contrario. Grangaznate esperó a que la contienda entre Lechuga y Urbe acabara en favor del primero y dijo:

–¡Bah! Yo debería ganarte en un dos por tres, Lechuga.

–Bueno, toma el rey negro y juguemos.

El ambiente se cargó de expectación. Pichote sirvió a los contrincantes sendos vasos con tequila y buscó un lugar cómodo. Lechuga Smith abrió la partida:

–Peón de rey a e4 –dijo.

–Ah, ya veo por dónde vas –exclamó Grangaznate y agregó–, ¡muevo esta pieza aquí!

Hubo una pausa.

–Alfil de rey a c4. Tobías, este juego no durará dos minutos.

-¡Palabras, palabras! ¡Mi táctica es imbatible! ¡Lanzo la caballería!

-No me dejas opción: dama a h5.

-¡Ja! ¿Qué hace esa dama ahí? ¡Estás dónde yo quería, Lechuga! ¡Arre, arre! ¡Este otro caballo te hará temblar!

-No lo creo, dama a f7, capturo tu peón y jaque mate.

Grangaznate abrió desmesuradamente los ojos.

-¡No! ¿Cómo ha pasado? ¡Juguemos otra vez!

Los otros ya sonreían.

-¡Ustedes, cretinos, limítense a mirar! Ahora abro yo, Lechuga. Bien, coloco este peón aquí. Atacaré por la derecha.

-¡Qué haces, idiota! ¿Cómo se te ocurre deslizar un peón de rey a f3? ¡Habrase visto!

-¡Deseas confundirme, eh Lechuga, pero no vas a lograrlo! ¡Mueve!

-Peón a e5.

-Y yo coloco otro peón acá.

-¡En g4! ¿En serio, Tobías?

Lechuga Smith tomó su enorme vientre, que bajaba y subía al ritmo de las carcajadas. Urbe Mendaz, Sixto y Pichote también reían. Grangaznate contempló con odio al adversario, que no lograba dominarse del todo.

-¡Tu turno!

-Sí, sí, perdón. ¡Ja, ja, ja! Muevo la dama a h4 y ijaque mate! ¡Aaah, ja, ja, ja, ja! ¡No puedo creerlo!

-Nunca vi nada igual, ¡perdió en cuatro movimientos! -alegó Caco, agradablemente sorprendido.

Grangaznate arrasó las demás piezas. Apuró el vaso de tequila y se marchó, ofendido. Transcurrieron dos meses antes de que volviera a pisar la casa de Lechuga Smith. Y éste fue el fin de aquellas memorables partidas de ajedrez.

–¡Abre, demonio! ¡Abre de una vez!

Lechuga Smith escuchó que golpeaban la puerta de manera insistente. No reconoció la voz. La boca le sabía a vinagre. Tomó una frazada y se envolvió en ella. Abrió la puerta.

–¡Papá!

Don Lucio Smith no daba crédito a sus ojos: ahí estaba el buen Lechuga, mórbido, tumefacto, con el cabello revuelto y la cara gibosa, los senos al aire, ceñido en esa frazada que le confería la apariencia de un patricio romano en los peores y más decadentes días del imperio.

–¡Es casi medio día, por Dios! ¡Déjame pasar! ¡Oh, oh! ¿Qué es todo esto?, ¿qué le has hecho a mi casa? ¡Aquí hay más de mil botellas!

Con mirada aturdida, don Lucio examinó el desorden, el caos. La porquería se acopiaba por doquier, las latas cubrían el piso enteramente, y, en efecto, botellas de todas las formas y colores invadían las sillas, las mesas, el alféizar de las ventanas, el pasillo, las habitaciones, los rincones todos. El techo deslucido por las filtraciones, las manchas de las paredes, las desportilladuras de los cantos, el jardín hecho una mierda, literalmente, a resultas de las defecaciones del perro. Y el cuarto de baño, en donde lo de menos era que el cubo de la basura había desaparecido debajo de una fétida montaña de papel higiénico, paños y emplastos. Don Lucio observando aquí, rascando acá, y Lechuga Smith, a la diestra, agobiado, incapaz de ofrecer explicaciones claras.

–¡Papá, qué sorpresa! Oh, bueno, eso de ahí con un poco de pintura queda bien, ¿no te parece? ¡Por los clavos de Cristo, hace mucho tiempo que busco esto y vienes tú y lo encuentras en un minuto!

–¡Oh, oh!

–Sí, sí, lo sé, se ha roto. Pero mira, las cosas se acaban. ¿Te ofrezco algo? ¿Una cerveza?

Aunque Lechuga Smith soportó mal el distanciamiento de su padre, hizo poco o nada para cambiar los hábitos que lo habían obligado a padecer aquél estilo de vida. El día sábado, Lechuga Smith bebió más de lo acostumbrado y, para consternación de los presentes, tomó su celular y llamó a Alubia. No hubo respuesta. Luego llamó a Urbina.

–¿Sí?

–Ah, al fin una voz de mujer –dijo Lechuga Smith.

–¿Cómo?

–Mira, tengo en mi casa un gran convite, muchos colegas, bebidas, refrigerios, y me pregunto si tú y tus amigas desean venir. Yo invito.

Urbina dudó.

–No lo sé. Ya sabes, cuando Alubia y tú... como decirlo... terminaron, le prometí que...

–¡Por favor! ¡Es sólo una fiesta! ¡Qué la espuma arrase los tarros y las copas! ¡Vengan a mí las damas bellas y almizcladas!

–¡Eres adorable!

Lechuga colgó y anunció la noticia a la asamblea. Previsiblemente, Caco suscribió con fervor la iniciativa, José Embudo brindó por ella, Grangaznate se rascó la cabeza, Urbe Mendaz bostezó y Jeremías Pichote puso el grito en el cielo. En menos que canta un gallo, Urbina y una mujer tanto o más rotunda que la venus de Willendorf, hicieron acto de presencia. Urbina dejó de asistir a las reuniones, pero las Willendorf, como después se conoció a la amiga de Urbina y a dos hermanas de aquélla, se volvieron tan puntuales y asiduas que prácticamente desterraron a los hombres de la casa de Lechuga Smith.

Las Willendorf se ganaron pronto el repudio de Pichote, no sólo porque eran mujeres, circunstancia que volvía injustificable su asistencia a los convites del grupo, a juicio de la esposa, sino porque jamás anticipaban las visitas, de modo que podían aparecer en las situaciones más inoportunas. Las tres eran bebedoras tozudas, verbosas y grandilocuentes. El fin de semana, o el lunes o el jueves, cualquier día, acudían al expendio más cercano para adquirir provisiones; ahí abordaban un taxi y, entre solturas y carcajadas, hacían su entrada triunfal en la casa de Lechuga Smith. La Willendorf mayor ponía sobre la mesa una botella de vodka, agua mineral, granadina y hielo; la Willendorf de en medio preparaba los cócteles y la Willendorf menor esperaba el primer trago, algo impaciente.

–Eh, cabrona –prorrumpió la Willendorf de en medio, aquél sábado por la noche–, levanta el culo del sofá y sírvete un vaso.

–En definitiva, no. Nadie mejor que tú prepara ese brebaje que tanto me regocija –objetó la Willendorf menor–, y date prisa, que estoy sedienta.

–¿Lo puedes creer, Lechuguita? –dijo la Willendorf mayor–, la doblo en edad...

-...y peso...

-...sí, sí, maldita, como iba diciendo, la doblo en edad y aun así me trata igual que a una recadera. ¡Soy tu hermana grande!

-i...de talla! -volvió a espetar la Willendorf menor, y todos rieron.

Pasó una hora.

-Oye, Lechuga -era la Willendorf de en medio-, ¿cuál es el nombre de tu amigo, el que nunca habla?

-Caco.

-¿Y por qué es tan callado?

-No le atraen las mujeres.

-¿De verdad? Me parece que si pasa una noche en mi alcoba puedo consumir la que la naturaleza dejó inacabado.

-¡Qué idiota! -gritaron las otras Willendorf.

-Nunca dije que fuera gay -agregó Lechuga Smith.

-¿Entonces?

-Yo creo que es misógino.

-¿Misógino? -preguntó la Willendorf mayor.

-Se trata de la persona que siente aversión por las mujeres. Eso, o Caco simplemente es muy tímido.

Lechuga Smith no podía revelar a las Willendorf que, en efecto, Caco era tímido, lo que, por otra parte, no le impedía despreciar a las tres hermanas, si bien por motivos muy distintos a los de Pichote.

-¿Quieres otro cóctel? -la Willendorf de en medio se dirigió a Lechuga Smith.

-¡Y cien más!

-En cambio yo prefiero beber y beber, sin la intromisión de los hombres -dijo la Willendorf menor.

-¡Yo soy hombre! –exclamó Lechuga Smith.

-Sí y no –dijo la Willendorf mayor-. No deseo ofender a nadie, pero yo te veo como una amiga.

-¿Cómo dices?

-¡Sí, sí! –asintió la Willendorf de en medio-, inuestra amiga!

-Verás. Por alguna extraña razón, no pensamos que seas un hombre, ni siquiera la imagen imprecisa de un hombre, para nosotras eres una confidente.

-Es cierto –dijo la Willendorf menor.

-Urbina –porque también las Willendorf la identificaban así– nos confesó que Alubia deploraba tus aptitudes en el sexo, lo que llegó a ser el aspecto más incómodo de la relación y, por lo que sabemos, extremadamente insufrible para ti, lo que nunca afectó el otro aspecto, el de las confidencias. ¿Me explico?

-No, no acabo de caer en la cuenta de nada –dijo Lechuga Smith, visiblemente molesto.

-Hay algo que nos atrae de ti, que necesitamos, y no tiene nada que ver con tu hombría, por así decirlo. Yo lo llamo gracia; es natural, verdadera... y asexual –dijo la Willendorf de en medio.

-...asexual –repitió Lechuga Smith.

-Oh, no es tan malo –dijo la Willendorf menor-. Por algo hay mujeres que nos entregamos a hombres a los que respetamos como a nuestros padres y hermanos, sin que al final importe demasiado el hecho de que sean amantes nefastos.

Por algunos minutos la conversación avanzó en el mismo tenor, más o menos, hasta que una de las mujeres decidió que ya era suficiente:

-En fin, considéralo de esta manera: eres nuestro piecito, nuestro bollito de pan, ¡y nos encanta! –con la última frase, la Willendorf mayor abrió sus enormes brazos.

-¡Sí, abracémoslo! –gritaron las demás.

No obstante, Lechuga Smith se levantó del sofá y dio un paso hacia atrás: un brillo inusual encendió sus ojos. Luego, insospechadamente, arrojó el

vaso por el piso. Las Willendorf quedaron perplejas.

–¡Rameras! –Lechuga Smith abrió y azotó la puerta principal–, ¡largo, largo! Ya sé a lo que vinieron: vinieron a destruirme. De una vez se los digo, ¡no lo lograrán! ¡Soy más fuerte que ustedes! ¡Más fuerte!

–¡Piecito!

–¡Las tres, afuera! ¡Y no vuelvan! ¡Tú, tú y tú! ¡Íncubos, serpientes, diablos, leviatanes! ¡No regresen nunca!

El incidente con las Willendorf estableció dos precedentes: que Lechuga Smith se precipitaba de cabeza al abismo del desvarío mental, a la luz de los acontecimientos, y que, por ignorancia o desdén, nadie podía hacer nada al respecto. Fue la época en la que las pesadillas nocturnas de Lechuga Smith invadieron el mundo real.

–Estoy hablando en serio –le confesó alguna vez a Pichote–, me sucede todas las noches, sin excepción: una niña me acecha, oculta en las sombras, mientras duermo. Una veces tira de la sábana, con violencia; otras, golpea el clóset o la ventana para que yo despierte. Incluso he oído su voz.

–No me lo creo, fantasías tuyas.

–¡Por Dios! ¡No te pido que creas, yo lo he vivido!

Lechuga Smith encendió el celular.

–Anoche tomé esta fotografía de mi habitación.

–Sí, es una fotografía de tu habitación.

–Aquí, en el cristal del espejo, ¿qué observas?

–Nada.

–¡Observa bien!

–¡Nada, Lechuga, nada!

–¡Hay un rostro! Es el rostro de la niña. Este es el cabello, largo y negro, ahí los ojos, y mira, sonrío. Lo peor del caso es que estoy seguro de que conozco a esta niña del demonio, no sé de dónde, cómo o por qué, pero la conozco.

-¡Yo no veo nada!

Al cabo de los meses, la vida de Lechuga Smith experimentó cambios positivos. Aquella obsesión por los espectros y fantasmas, que inquietó bastante a todos, desapareció poco a poco. Don Lucio perdonó las disipaciones de su hijo y hasta comenzó a llevarle algo de despensa y cerveza. Emporio Smith, recién promovido en la jerarquía de una importante casa comercial, anunció sus bodas con una joven educada, suceso que eventualmente tendrá efectos determinantes para Lechuga Smith.

El día del nacimiento de la pequeña Mitra, la familia arribó a la sala de espera del hospital en punto de las diez de la mañana. Dos horas más tarde Emporio seguía en el quirófano, atento al milagro de la concepción, doña María Ternera salía a la calle por un café, y don Lucio charlaba con Lechuga Smith. Al regresar, doña María Ternera espetó:

-Deberías seguir el ejemplo de tu hermano. Puedes empezar por la apariencia, ciertamente.

-Deja en paz al muchacho, María, advierte que bien vestido está para la ocasión -intervino don Lucio Smith.

-No me refiero al atuendo, que todavía deja mucho que desear. ¡Está hecho un cochinitillo!

Lechuga Smith cortó a su madre con el filo de la mirada.

-¡Qué dice usted!

Don Lucio se llevó el dedo a la boca, indicándole que callara. La gente iba y venía en la sala de espera, las enfermeras, los médicos. Doña María Ternera sorbía lentamente el café.

-¿Y es verdad que será niña?

-Al parecer -contestó don Lucio a Lechuga Smith.

Emporio irrumpió en la sala de estar con mascarilla y bata quirúrgica, gritando "¡ya nació, ya nació!". Acto seguido, doña María se persignó en dos ocasiones, don Lucio juntó las manos en signo de imploración y Lechuga Smith abrazó a su hermano, que le dijo:

-¡Y tú serás el padrino!

Esta novedad inflamó el corazón de Lechuga Smith. No podía creer que semejante responsabilidad le fuera concedida a él, la oveja negra de la familia. Por eso Mitra se convirtió en el objeto inmediato de su adoración,

en la hija que, a sus 30 años, Lechuga Smith no tenía idea de que había añorado por tanto tiempo. Abrazarla, besarla, admirar su rápido desarrollo, fueron causa suficiente para dejar de beber en ese periodo de felicidad.

Las invitaciones de Grangaznate, Pichote y los otros a libar los más refinados vinos, las declinó Smith cortésmente, pues ocurría que Mitra había redimido los auténticos rasgos de su temperamento y, en esa situación, el dolor y las aflicciones no parecían existir. Ahora vislumbraba un futuro radiante, libre de las tormentas del alcohol y la soledad. Urbe Mendaz, solterón indómito, refirió que el ánimo de Lechuga Smith era inmejorable, lo cual dio pie, de su parte, a una profunda revisión de ciertas convicciones acerca de no casarse y morir solo, ya que él no tenía hermanos o hermanas que le dieran sobrinos.

Ventiló la casa, segó la mala hierba, lavó a Mierdecilla, y más: inició un meticuloso régimen dietético que acompañó con paseos crepusculares, porque eso de desmañarse no era lo suyo. Buscó empleo. Cambió los chorizos por la soja, el paté de hígado por el alforfón, los embutidos y el tocino por el pimiento, ingredientes que don Lucio se encargaba de aprovisionar. Las reuniones sabáticas, en ausencia de las Willendorf, fueron reanudadas, y nada varió, excepto el hecho de que Lechuga Smith prefería beber jugos de arándano y no cerveza.

Los domingos, cuando Emporio Smith y su familia recorrían el camino de la ciudad capital a la casa de los padres, Lechuga se bañaba, afeitaba y vestía con tanto primor como ningún otro día del resto de la semana. Disponía de poca gasolina, por lo que reservaba lo que había para ir en auto al encuentro de la pequeña Mitra. Si doña María Ternera hubiera depuesto su temple endurecido por tantos años de decepción filial, lloraría a lágrima viva por la forma en la que Lechuga Smith jugaba con la niña, platicaba con ella, la arrullaba y dormía.

–¿Qué edad tienes ya? –preguntó Emporio Smith a Lechuga.

–30 años.

–Serías un buen padre.

–¡No lo creo! –Sobrevino una larga pausa–. ¿Recuerdas a aquél tipo que derribé como a Goliat?

–Lo recuerdo, al hijo de puta.

–Me hizo una entrevista de trabajo. Estoy seguro de que sabe quién soy. Dijo que iba a llamarme, pero no lo hará.

-Mala cosa.

-Sí.

-¿Cómo le va a Mierdecilla?

-Le va bien.

Antes de emprender el camino de vuelta, satisfechos los apetitos luego de una cena pródiga, Emporio llamó a su hermano a un lugar a parte. Sacó un atado de billetes.

-Toma.

-¡Qué haces! ¡No!

-Por los viejos tiempos. Es algo mínimo, pero significativo. Acéptalo.

-No puedo hacerlo.

-Cada fin de mes recibirás una cantidad similar.

-Pero...

-¡Vamos ya!

Los vecinos se sorprendieron: Lechuga Smith sacaba el Peugeot de la cochera, ponía algo de funk rock norteamericano y lavaba el vehículo, regaba el jardín, barría la acera e instalaba una silla plegable, donde se ponía a leer comics y a beber té helado. Por lo demás, la asignación mensual de Emporio, administrada con eficiencia, le permitía subsistir decentemente.

Se habían reunido Lechuga Smith, siempre el primero, Grangaznate, Pichote, José Tambo, Caco, Urbe Mendaz, Sixto y un nuevo adepto, Pío Carpintero, viejo amigo de Sixto, un casadero empedernido que hablaba poco y bebía menos; rumores pérfidos aseguran que tuvo un affaire con la Willendorf mayor, pero Pío Carpintero lo niega rotundamente.

Y entonces sucedió.

Lechuga Smith reboseó su taza con jugo de manzana, Caco dispuso los asados y los vegetales, Grangaznate repartió las primeras cervezas. Inesperadamente, Lechuga Smith colocó la taza en la mesa y gritó:

-¡Una cerveza, una cerveza nada más!

-¡Bravo! –gritó Sixto.

-¡Excelente! –añadió Pichote.

-¡Bien! –dijo Grangaznate.

Brindaron, comieron y siguieron brindando. Cerca de la medianoche:

-¡Ea, que todavía nos queda suficiente ambrosía líquida! ¡Cómo he podido traicionar a mis ancestros, que inventaron el vino a partir del mosto de la uva, que luego Cristo, durante la última cena, bendijo, dando origen a aquella hermosa metáfora que convierte la sangre en vino! ¡Soy un traidor!

-Un traidor, sí, y un imbécil.

-Me quedé con hambre; ¿no dice el refrán, a buen vino, buen tocino? ¡Caco, enciende ese fuego y condimenta los bifés!

-¡Deja ya de engullir, tragón! A cena de vino, desayuno de agua.

-¡No entiendo un carajo!

-¡Eso! En España se sirven carajillos de orujo. Los probé cuando estuve en Madrid. En Italia no sirven carajillos. Ya se sabe, los viajes ilustran.

-Los viajes y el aguardiente, de repente.

-Tú, Embudo, manda llamar a unas zorras, que hoy me encuentro particularmente acalorado. No pagamos, pero comida y bebida sí que hay.

-¡Ni zorras ni putas!

-¿Aún estás aquí? ¡Ve a dónde a tu señora, a encender la veladora!

-¿Fue Honoré de Balzac el que escribió: un hombre nulo es algo terrible, pero un hombre anulado es lo peor?

-Bah, a mala cama, colchón de vino.

-¡Lo han oído!

-Como al fragor de la guerra en una mañana de lluvia.

-¡Me siento feliz!

-¡Baila, pues! ¡Baila, baila!

-¡Baila, baila!

-Ventre vacío no tiene oídos. Caco, ilos bifés! A todos, mi casa es su casa; su cerveza, mi cerveza. Sean bienvenidos. Levanto la botella y la termino en un solo viaje, glú, glú, glú, y tendré otra a mi disposición, ahora mismo, porque eso es la amistad: lujo, exceso, desmesura. ¡Qué buen aspecto tiene este bife, Caco!

-¡Baila, baila, baila!

Lechuga Smith baila, y parece un buque a la deriva.

-¡Agua por la Virgen de Agosto, año de mosto! Bailo y canto, canto y bailo. ¿No llegan las zorras? Mujer sin varón, ojal sin botón, a que sí. Amigos, sigamos bebiendo, porque más vive el que más siente la vida y no el que mayor número de años vive.

-A eso respondo: ya me cago.

-Y yo.

-¡Empinemos, compañeros!

-¡Salud, salud!

-Por algo será que me apellido Bukowski.

-¡Lo sé, lo sé: por feo!

Risas estridentes.

-¡Chúpamela!

-No hay mejor bebedor que Li Po.

-Sí que lo hay: William Faulkner.

-Me gusta más Hemingway. Él dijo: escribe borracho, corrige sobrio, o algo así.

-¿Y Cheever?

-Que le den por el culo.

-¡Bellaco!

-¿Dónde está el meadero?

-¡Canto y bailo!, ipues quien canta, sus males espanta! ¿No es verdad que beber es vivir? Me pregunto si el cuerpo está hecho a imagen y semejanza de un alambique. ¡Y esta carne, de mil amores! Por la calva de San Pablo el Ermitaño, ¡aquí hay un pimiento!

-Eh, Sixto, destapa otra botella para mí.

-¿Habrás algo mejor que el bife de chorizo?

-Lo que entra, debe salir, como le pasó a Sancho VI el Sabio, que conquistó y perdió el Señorío de Vizcaya y la Rioja, si la memoria no me falla.

-Eso me recuerda que Grangaznate le debe a Pichote un buen tempranillo Urbina, ¡cómo la mujer de Urbe!

-Oh, no fastidien con eso.

-¡Urbina, la nalguda!

-Oye, Mendaz, ¿me la dejas?

-No veo por qué no.

-Pagaría mil fanegas de arroz y sesenta arrobas de tinto por una noche con Urbina, lo juro.

-Yo digo que la embriaguez basta. El buen vino alegra el ojo, limpia el diente y sana el vientre.

-Nos olvidamos de Edgar Allan Poe. Creo que prefería el ron. Aunque es muy posible que ese tal Rufus Wilmot Griswold lo haya inventado todo.

Lechuga Smith alzó el puño:

-¡El primer gran borracho es Noé, zafios! Él labró la tierra y plantó una viña. Él bebió del vino y se embriagó, desnudo.

-Me gustan más los Cantares, donde ella dice que el amor de él es mejor que el vino, o Zacarías, cuando proclama que el trigo alegrará a las jóvenes y el vino a las doncellas.

-Y también Oseas, que deja dicho que fornicación, vino y mosto quitan el

juicio.

-¡Exacto! El juicio es lo que hay que derribar con los arietes del bebercio, según traduce Gabriel Hormaechea.

-Berbercio, notable palabra.

-Cerveza y jazz, más no puedo pedir.

-La música de fondo, ¿qué es?

-Jazz fusión, precisamente.

-¡No lo soporto!

-¿Saldarás tu deuda, Grangaznate?

-Tarde o tempranillo, pero la saldaré.

-¿Qué se oye al fondo?

-Es Mierdecilla, que lleva horas inquieto.

-Si queda algo de beber, sírvanmelo y con mucha espuma.

-¡Grangaznate le colocaría una espita al cuerpo de Cristo, si pudiera!

-¡Ese vino es oro fino!

-¡Qué va, perjuro! No se echa vino nuevo en odres viejos porque los odres se rompen, y tú eres un odre de quinta.

-No importa. Soy de los que se levantan por la mañana y corren tras el licor, y así seguimos hasta la noche, esperando a que el vino nos encienda.

-Eh, Carpintero, ¿es verdad que tienes la pértiga calada?

-¡No y no! Desconozco a las Willendorf, ignoro quién es la Willendorf mayor. ¡Hace años que no asalto la cama de una mujer!

-¡La Willendorf mayor es mujer!

-¡Entre ella y yo...! ¡Bah, le hablo al muro!

-Apuremos, amigos, apuremos, que nos sorprende el sol.

-Es cierto; si quieres buena fama, no te dé el sol en la cama.

-¡A tu salud!

Debemos suponer que muchas otras cosas se dijeron en aquella oportunidad. Más tarde, sin embargo, Lechuga Smith confesó:

-Ahora que lo pienso, mis borracheras serán como la arena del mar, que no se mide ni se cuenta.

Y con estas palabras terminó la reunión.

La cruda fue implacable. Mil agujas incandescentes atacaron la cabeza de Lechuga Smith, y los dolores del cuerpo eran tantos y tan variados que todo parecía indicar que había rodado hasta el fondo de un precipicio y no que se hallaba en el sofá de la estancia. Lechuga Smith abrió los ojos una y otra vez, para acostumbrarlos a la relativa penumbra. No había nadie, y no recordaba nada; yacía en calzoncillos. Utilizó los brazos para incorporarse, y no lo logró. Sintió algo en la espalda: era el teléfono celular. Tuvo ánimo de revisarlo: pasaba de las cuatro de la tarde y no había llamadas. Respiró con fuerza y entonces el sudor helado bajó por los pliegues de la frente, del cuello, hasta las axilas. Vasos aquí, botellas allá, el auténtico pandemónium. Una saeta de luz solar traspasó las cortinas y fue a clavarse en la pupila izquierda de Lechuga Smith. Éste gritó, malherido, llevándose las manos a la cara. Movié un pie, luego el otro. En cuestión de minutos se sentó sobre el sofá, absorto. Al caminar, sintió que el piso se volvía adhesivo: alguien había volcado las entrañas desvergonzadamente. Ciñó una cortina y dejó entrar algo más de luz. Rumbo al cuarto de baño, Lechuga Smith encontró platos rotos, escupitajos, ceniza de cigarro. Al abrir la tapa del inodoro, Lechuga Smith no reprimió el efecto de una serie de arcadas enérgicas. No fue buena idea iluminar el cuarto de baño: el inodoro lucía rebosante de vómito y excremento. Nuevas nauseas, nueva regurgitación. Tiró de la cadena, desfalleciente. Lechuga Smith inhaló aire en una, dos, tres, cuatro ocasiones, y se sacó la verga para mear. Aquello lo consideró extraordinariamente placentero.

-Pichote... Tobías... -farfulló.

Mierdecilla ladró desesperadamente a su dueño, pero éste se encontraba en otro mundo, en el mundo de los fosfenos y los polifenoles, donde la migraña es la ley y la sed el precepto. Abrió la nevera: ni un cubo de hielo, ni una gota de agua. Tomó un vaso y lo llenó con agua de grifo. Al beberlo, las llamas del infierno gástrico alcanzaron el esófago, la faringe, y esto fue aterrador. En ese lapso, Lechuga Smith recordó, no se sabe por qué, su dicho de las borracheras por venir, tan vastas como el número de

granos de la arena, y lloró profusamente.

Fue cuestión de unos meses para que Emporio Smith interrumpiera la subvención, visto el actual género de vida de su hermano. Regresaron las deudas, las limitaciones excesivas, el desamparo, aunque hay que decir, en honor a la verdad, que don Lucio jamás dejó a su suerte al barrigudo Lechuga Smith, y nunca fueron más regulares las proposiciones a almorzar, a comer y a cenar. Incluso en el apartado del sexo, Lechuga gozó de las aptitudes voluptuosas de cierta prima tercera de Grangaznate, para desgracia de éste, toda vez que consideraba aquello como una indiscreción vulgar, cuando no una felonía. La susodicha se llamaba Pécora Rimmel, quien a sus 25 años de edad ya era orgullosa madre de tres niños sanos, todos ellos de distinto progenitor. Pécora solía ser una juerguista de marca, bribona, ocurrente y muy entregada al viejo arte de empinar el codo. Según ella, coleccionaba hombres extravagantes igual que el anticuario atesora cosas raras. Así, fue amante de un torero de sexta, un palafrenero alcohólico, un escritor derrotado, un saltimbanqui, un matarife... No está claro cómo es que Pécora Rimmel conoció a Lechuga Smith.

–¡Dilo de una vez! –urgió Grangaznate.

–¡No tengo la menor idea! Ni ella misma lo sabe. Yo creo que fue en algún bar. Tiene sentido. Los dos estaríamos ebrios, nos cambiamos los números telefónicos y, eah, ella me llama. Empezamos a salir, decidimos gustarnos y, mira por dónde, me entero que se trata tu prima.

–¿Y qué intenciones tienes?, ¿hablarás con mi tío para formalizar la relación? –Grangaznate dio un gran trago a su cerveza.

–¡Por todos los santos, qué sé yo!

–Si me llego a enterar de que le haces daño te dejo con el culo al aire.

–Oh, vamos, Grangaznate –anticipó Sixto–, ¿lo dices en serio? Las mujeres siempre están ávidas de dinero, y este pobre diablo no puede pagar el agua corriente de su estancia. ¡Tres niños! ¡Qué manera de darle al metesaca! ¡Imagina que nuestro Lechuga le hace el cuarto!

–¡Jo, jo, jo! –rieron todos, menos Grangaznate.

–No le veo la gracia.

–¡Sí que la tiene! –gritó Pío Carpintero– ¡Yo lo llamaría Lechugilla Smith Rimmel! ¡Cuídate, muchacho, o no será una sino seis las bocas hambrientas que vivan en este tugurio!

Esa tarde fue ilustre: don Lucio Smith arribó de improviso con un paquete de cerveza y pronto se unió a la cháchara del grupo, saludando a los conocidos y presentando sus respetos a los extraños. En el curso de la borrachera, Grangaznate se dirigió a don Lucio de la siguiente forma:

–Por cierto, señor, ¿sabía usted que Lechuga flirtea a una mujer que es madre de tres hijos?

–¡Oh, Dios mío! ¿Es verdad eso, hijo?

–Y le digo más: esa mujer es mi prima.

–¡Ah, bueno! –dijo don Lucio Smith–. Entonces, ¡lo apruebo! ¡Blanco y en botella! ¿Es soltera o viuda? Doña María estará feliz. Por cierto, hijo, habrá que ir adelantando algunos pormenores del ajuar.

–¡Pero! –clamó Grangaznate.

–¡Ningún pero! –vociferó don Lucio Smith.

–¡Están sordos! Entre Pécora y yo no hay nada, es decir, nada definitivo –Lechuga Smith ofreció a su padre otra cerveza–. Salimos, y eso basta. Además, ¿qué haría yo con tres niños?

–¡Qué haría, dice! –don Lucio Smith soltó una carcajada–. ¡Agradecerle a la providencia! Verás: te ahorras el médico, las consultas, el tratamiento, la feroz espera, el hipo y los sollozos, el parto, las mantillas, la leche, las trasnochadas, y dos o tres cosas más.

–Bajo esa perspectiva, creo que el argumento de don Lucio es irrefutable –añadió Urbe Mendaz.

Esto último puso de manifiesto que don Lucio Smith estaba de broma, por lo que el resto de la tarde avanzó entre mofas y risas.

Refugio Tonel era un gigantón de amplios perniles y espalda reducida, escasa cerviz, piel satinada y transpiración de carnero, ni muy listo ni muy tonto, que vestía mal y hablaba poco. Un día pidió asilo a Lechuga Smith y ahí se quedó, hasta la fecha. Aportó el caudal necesario para que la covacha adoptara esa fisonomía del departamento típico de los solteros con estrella. Las facturas se saldaron, y el vino adquirió el estatus de refacción cotidiana. Nadie pensó que Tonel alargaría su estancia más allá de la primera semana, lo que prueba que la conveniencia duradera poco tiene que ver con personas de temperamentos semejantes. Volvieron los embutidos, la chistorra, el condimento, la manteca, los huevos pasados por agua, el queso de cabra, la baguette, el solomillo, los hot dogs, la

pizza con aceitunas, los bollos, las barbacoas, el tocino y otras delicias.

Urbe Mendaz no logró fraternizar con Tonel, si bien el resto del grupo lo aceptó rápidamente. Lo dicho: articulaba frases concisas, básicas, que olían a mezcal económico, pese a que la noche en cuestión Refugio Tonel sorprendió a todos invitando una botella de licor Jägermeister, a fin de conmemorar tres meses de permanencia en la casa de Lechuga Smith. También aprestó algunas latas de Red Bull.

-Beban -ordenó Refugio.

-¿Qué es? -preguntó Pichote.

-Es un licor de hierbas.

-¿Y se combina con esto?

-Sí.

Pío Carpintero, Sixto, Lechuga Smith y Grangaznate mezclaron licor de hierbas, agua mineral y bebida energética en sus vasos; Pichote, Urbe Mendaz y José Embudo destaparon cervezas. Cuando se acabó el licor de hierbas, Refugio Tonel fue a su auto y regresó con otra botella idéntica. Urbe Mendaz dijo:

-No hay cerveza, señores, me voy.

-También me retiro -dijo Grangaznate.

-Y yo -dijo Pichote.

-Sí, es tarde -dijo Pío Carpintero.

-Vámonos -dijo Sixto.

Dado que José Embudo acompañaba a Sixto no tuvo más opción que prepararse un cóctel, el último. Al día siguiente, Refugio Tonel dejó la casa de Lechuga Smith. Como un hijo pródigo, volvió al quinto día y, olvidando por un momento su habitual reserva, contó lo siguiente:

-Soy, como saben, un hombre voluntarioso, incluso obstinado, pero lo de la otra noche sobrepasó mi capacidad de entendimiento. Vivo con Lechuga porque he decidido reconquistar mi soltería. Lo de anoche, sin embargo... Después de que ustedes se fueron, Lechuga y yo acabamos con la segunda botella. Caí en el vértigo. Al despertar, estaba en el sofá, aturdido y ebrio. Vi la estancia, la cocina, el pasillo. De pronto Lechuga dejó a prisa su habitación, en bragas. Tosía con fuerza y se movía desordenadamente. Entonces ocurrió. Como Sansón cuando apoyó sus

hercúleas manos en las columnas para matar a los filisteos, así descansó Lechuga las suyas en las paredes del pasillo y, bajándose el calzón, se colocó en cuclillas, ventoseándose y cagándose por todo lo largo. La mierda, en extremo abundante, llegó a la planta de uno de los pies, que perdió sustento y provocó la caída. ¡No es difícil imaginar mi impresión! Lechuga procuró enderezarse y situó las manos en el piso, en las paredes, dejando aquello en la condición más nefasta. ¡Pero resbaló de nuevo! Entre crispaciones y lamentos hablaba de una tal Alubia, a la que tildó de ingrata, y de Emporio, el hermano, al que acusó de distanciarlo de la pequeña Mitra, y de Pécora, a la que sí conozco, y de Cristo, la Virgen y los santos del mundo. Lechuga se levantó y retornó a su habitación, suspirando. ¡Compréndanme! ¿Quién, en tales circunstancias, no toma el teléfono y le habla a su eventual exesposa, por más espeluznante que ésta sea, para pedir abrigo mientras pasa la tormenta?

Pues bien, aquí concluyo la relación macarrónica y defectuosa de los hechos y dichos del tal Lechuga Smith. No hay epílogo, ni epitafio; no hay más que contar. Hace exactamente un año que yo me dedicaba a beber tarros y tarros de cerveza entre los personajes de esta singular cofradía. En algún momento de la faena, Lechuga Smith me apartó de los otros y me dijo, entrecerrando sus ojillos de roedor truculento:

–Vete, Hinojos. No perteneces a esta caterva de borrachos.

Le creí. Con el paso de los días el desplante se transformó en una revelación portentosa: tenía en mis manos la historia que habría de consagrarme como escritor verdadero, sin lugar a dudas: la historia del hombre que bebió mil botellas de alcohol, y que beberá mil más, sencillamente porque hic bibitur. Y apuesto a que ni siquiera el sabio Pantagruel hubiese podido vaticinar este espléndido final. Así sea.